

Mi criado, que empuñaba las riendas, volvió la cabeza con inquietud. Al cabo de breve rato relincharon con más fuerza los nobles brutos, dando manifiestas señales de inquietud.

Algo grave debían sentir aquellos animales, acostumbados á arrastrar el trineo en las soledades de la noche y de los bosques rusos.

Mi hermana, embebida en tristes reflexiones, nada había notado, y la doncella dormía tranquilamente.

El cochero bajó la mano, y los caballos partieron á un trote sostenido. Faltaban cinco horas aún para llegar al primer relevo.

De repente se oyeron á lo lejos significativos rumores. —¡Señor! ¡señor! Los lobos se acercan y estamos perdidos,—dijo, en voz baja, el cochero.

La doncella despertó sobresaltada, y mi hermana me interrogó con ansiedad.

Los aullidos eran cada vez más distintos.

El criado puso los caballos al galope. Era tarde. Una manada de más de quinientos lobos nos envolvió.

¡Vanos fueron nuestros disparos! Á cada tiro caía un lobo, pero brotaban á su lado ciento.

Los caballos, jadeantes, llenos de fatiga, cercados por todos lados por los lobos, se detuvieron al fin. El resto ya lo sabéis. Nos apeamos del trineo, aprovechando los instantes en que los lobos devoraban á los pobres caballos; y, avanzando siempre, vimos entre los árboles la luz de esta cabaña, y pedimos, con todas nuestras fuerzas, socorro.»

Mientras el Conde narraba las peripecias de su triste aventura, había anochecido, y los lobos proseguían el cerco.

Cenamos frugalmente los sitiados. Las mujeres, medrosas y asustadas, rezaban en un rincón.

La tempestad estalló horrible; abrió el cielo sus cataratas, desgarró las nubes el fulgor de los rayos, y retumbó con estrépito el trueno. Las descargas eléctricas se sucedían sin cesar, alumbrando un paisaje cubierto de nieve. Era un espectáculo raro, extraño, ver el suelo cubierto de cadáveres de lobos, satisfaciendo con ellos la manada su voracidad; contrastando su pelaje pardo y sus ojos brillantes con la blancura del suelo.

Contemplaba este imponente espectáculo desde una de las aberturas de la choza, cuando Dick y el Conde me llamaron.

—¿Qué queréis?—dije.

—Maestro,—dijo Dick;—es necesario salir de esta situación.

Me encogí de hombros, y contesté:

—Amigo Dick: ¿estáis loco? ¿Tenemos enfrente dos

enemigos en lugar de uno, y queréis desafiarlos?

—No,—dijo el Conde;—nuestro proyecto queda aplazado para cuando acabe la tempestad.

—Eso es,—añadió Dick;—pero es necesario tomar la defensiva, so pena de morir de hambre ó de aburrimiento.

—Tengo una idea,—replicó el Conde.

—Veamos, y aprobada,—dijo, con entusiasmo, Dick.

—Poco á poco, compañero,—añadí yo;—¡seamos prudentes!

—Sabéis mejor que yo que los lobos, como todos los animales fieros, tienen sus jefes, sus guías,—dijo el Conde.

—En efecto,—contestamos casi todos en coro.

—Pues bien,—continuó el mancebo;—es necesario matar á los feroces lobos guías, única manera de que se disperse la manada que nos asedia.

—Bravo, amigo mío,—dije yo;—creo, como vos, que es la única esperanza de salvación que nos queda.

El plan era muy sencillo. Durante el día debíamos relevarnos de dos en dos, y aprovechar los momentos propicios en que los lobos adultos, jefes de la manada, se aproximaran á la choza, y disparar contra ellos desde las ventanillas, procurando que el tiro fuese mortal.

Llenos todos de mortal zozobra y angustia, acurrucados y tiritando de miedo y frío las pobres mujeres, calentándose junto á un fuego al que faltaba abundante leña; pasamos aún otra noche, larga y penosa, poblada la mente de insomnios y lúgubres imágenes, mudos, silenciosos, cruzando tristes y significativas miradas y oyéndose rugir en el exterior el estrépito de la tempestad y el aullido de los lobos, mezclados con todos los ruidos y rumores de las selvas.

Al amanecer se oyeron menos fuertes los estruendos de la tempestad y los silbidos del viento, y la luz penetró más viva por las pequeñas ventanillas de la choza.

Entonces, subidos sobre taburetes, empezamos Dick y yo el tiroteo contra los lobos.

Los jefes de la manada de lobos se distinguían por su ferocidad y talla. Tan cerca se hallaban de la cabaña, que con dificultad podíamos apuntar. Nuestros tiros fueron tan certeros que sembramos el suelo de cadáveres de lobos. El diplomático y el leñador nos pasaban las carabinas que cargaban los criados.

Agotamos casi las provisiones, durante el día, haciendo claros en las filas de los furiosos lobos, que rugían con verdadera desesperación buscando á los ocultos enemigos. Por fortuna nuestras previsiones se realizaron; y muertos los lobos más fuertes y adultos, y



Manada de lobos, por Bellecroix

aguijoneados por el hambre, aquella manada se dispersó, huyendo hacia el corazón de las selvas.

Paso por alto la descripción del alborozo de todos cuando nos convencimos de la realidad de tan fausta nueva.

Nos despedimos cariñosamente, recompensando con largueza al leñador.

Después de esta aventura, no creo ya exagerada ninguna relación acerca de la ferocidad de los lobos hambrientos de Rusia.

## IV

Multitud de narraciones podríamos añadir acerca del lobo.

He cazado el lobo en Europa, en batida, á la carrera y con artificio.

¡Cuántas veces he visto un paisaje tranquilo y placentero, do pacían numerosas ovejas, sentados á orillas de los arroyuelos, platicando descuidados, pastores y zagalas, trocarse después en verdadero campo de Agramante, merced á la irrupción y algarada del lobo! Una de las hermosas láminas de la obra da idea de estos paisajes de bienandanza y sosiego, verdadero idilio de la naturaleza, con todos sus colores y armonías.

De repente aparece el lobo, ladran tardíamente los perros, que retozaban en la yerba, y la alimaña huye velozmente, penetrando en el espeso bosque, sembrando la turbación y el espanto.

Una mañana de un hermoso día de setiembre (1872), en que el sol se quebraba en mil reflejos sobre la verde yerba, me hallaba entre Vitry-le-Français y Châlons. Había sido invitado por el conde K., portador de uno de los nombres más ilustres de Francia, á una cacería de venados. En otro lugar de la obra narraré aquella brillante expedición venatoria, pero en este merece recordarse un incidente en que fué protagonista un lobo.

Algo separado de mis compañeros, en unos momentos de tregua y descanso, caminaba pausadamente, contemplando las robustas encinas arrancando sus seculares troncos de la tierra, surcados de rugosidades, bajo un cielo sereno y azul, y alumbrando el Sol una escena galana y hermosa, cuando oí de repente gritos de:—¡Al ladrón! ¡al ladrón!

Rápido como una flecha pasó por mi lado un lobo pardo, de ojos relucientes y de gran talla, llevando en la boca á un pobre corderillo.

Una jauría inmensa seguía á la alimaña, y tras ella varios cazadores de nuestra partida y los pastores.

Repuesto de la sorpresa, apoyé el fusil en el hombro; y, aprovechando el momento en que el lobo pasaba por un recodo del camino, solté el tiro, y el lobo cayó tendido en el suelo, espirando breves instantes después.

Intútil es decir que se lanzaron en honor mío algunos hurras.

El lobo era una magnífica pieza, que hacía tiempo destrozaba el ganado en sus correrías. El pobre corderillo había ya muerto estrangulado, lo que no impidió que los pastores se lo llevaran.

No es propio de la índole de una obra de caza entrar en detalles acerca de los cruces entre el lobo y el perro. Los antiguos, y entre ellos Aristóteles, creían que el cruce entre el can y aquella alimaña no era posible. El mismo Buffón participó de la misma opinión. Pero, después de las observaciones de Mr. Manduit, conservador del gabinete de historia natural de Poitiers en 1851, y de Mr. Jalais<sup>(1)</sup>, es imposible dudar de aquel hecho, y sobre todo de la facilidad de obtener mestizos de perro y lobo.

El lobo, lo mismo que otros animales, ha sido en unos pueblos objeto de veneración, y en otros de odio y origen de estupendas supersticiones.

Los *Kamtschadales*, según las narraciones de Steller, profesan, respecto del lobo, extrañas creencias. Si una mujer alumbró dos gemelos, es obra del lobo, que recibe el insigne honor de ser considerado padre de la segunda criatura. Por lo que atañe á la mujer, su doble alumbramiento es considerado como una vergüenza y como castigo de una falta.

En la India el lobo es considerado, lo mismo que en el norte de Europa, como un animal sagrado. Casi la mayor parte de los indios temen el destruirle y aun maltratarle. Algunos pueblos creen que si en sus tierras se derrama la sangre del lobo están perdidos sin remisión, y por ende condenados á ser destruidos.

El lobo hambriento suele acarrear sensibles desgracias.

*L'Echo du Blanc* hace muy poco tiempo publicaba la siguiente narración:

Una loba hambrienta perseguía en una finca, perteneciente al Vizconde de Pully, al joven Luis Étève, de edad de quince años, que no tuvo más tiempo para huir del animal que el preciso para subirse en una encina, felizmente próxima al sitio del suceso.

(1) Manduit: *Du loup et de ses races ou variétés* (*Bull. de la Soc. d'Agriculture de Poitiers*, 1851).



La voracidad del lobo, por Bockmann